

tio D. Pedro, como los ruegos del rey de Castilla, firmó un pacto con su madrastra, perdonó al de Jérica y dió sus bienes á doña Leonor, reservándose la jurisdicción en sus dominios. Mas estas concesiones arrancadas por la necesidad, ¿tendrían fuerza en el ánimo del rey cuando el momento de la necesidad pasara? A esto contesta muy bien mi sábio y respetable amigo el señor Lafuente en el tomo VII de su *Historia de España* lo que sigue: «De mala gana, y más por fuerza que por voluntad, se sometió el rey D. Pedro IV de Aragon á las condiciones de la concordia y del fallo arbitral, y harto lo demostró despues, no dejando de perseguir á la reina y á sus hermanos.»

En efecto, no perdonaba medio para conseguir que su palabra fuese ilusoria y nulo el pacto, cohonestando las disposiciones con las leyes del país. Además de lo remiso que andaba siempre en cumplir lo pactado, hacia que las universidades ó ayuntamientos le expusiesen quejas contra el pacto, mostrando, ora detrimento en sus intereses, ora lesion en sus derechos. Y así excusaba

la falta de cumplimiento á su palabra solemnemente empeñada, remitiendo el burlarse de ella descaradamente al dia en que se viese libre de ciudadanos y exento de guardar miramientos al rey Alfonso XI de Castilla.

### III.

La idea de la unidad de su poder, de la unidad de su reino, atormentaba á Pedro IV. Sus ojos estaban siempre puestos en aquellos feudos, en aquellos señores, que derramaban sombras espesísimas en la autoridad real. Pero entre estos descollaba uno, que lucía su diadema real en su frente, y que se levantaba sobre una hermosa rama desgajada de la corona de Aragon, sobre el reino de Mallorca. El ódio de Pedro IV á los nobles debía subir de punto y enconarse contra aquel rey, su siervo, que altanero se levantaba al lado del trono quitándole influencia en la tierra y

menguando su poder en el mar. Desde el punto en que subió al trono Pedro IV, pensó perder al rey de Mallorca y guardó sigilosamente su pensamiento en lo más profundo y más secreto de su empedernido corazón. Pequeño de estatura, de complexión débil, enfermizo, delgado, parecía Pedro IV consumido por el fuego de su alma, que no era esa llama encendida y pura de la pasión que se eleva al cielo, sino reconcentrado rescoldo de odio que secaba sus entrañas y calcinaba sus huesos. Hasta su complexión le inclinaba á seguir esa política pérfida, de que echó mano para perder á D. Jaime de Mallorca. En esta lucha se ve muy á fondo el carácter del rey.

Como tardase el de Mallorca en prestarle el debido homenaje, le requirió D. Pedro y le citó repetidas veces para que fuese públicamente á esta ceremonia, testimonio de su autoridad y de su poder, que era una amenaza pendiente siempre sobre la cabeza de los reyes de Mallorca. Por fin tuvo el de Mallorca que ir humildemente á saludar á Pedro IV y á prestarle homenaje á fin de Mayo de 1339, bien contra su voluntad, porque le son-

rojaba ver tan abatida y humillada su condición de rey en el trance de aquella ceremonia. Para que le fuera ménos penoso, pidió al rey que no se celebrase en público, sino á puerta cerrada, privadamente, pues le amargaba mucho sufrir tanta ignominia. Accedió Pedro IV, más por necesidad que por convencimiento, y buscó en su mente nuevas trazas para humillarle, por lo mismo que tanto le pesaba aquella coyunda. Mas, en la capilla de palacio, donde se debía verificar el acto, había el rey de Aragón reunido los infantes, los arzobispos, los ricos-hombres, los caballeros de más alcurnia, los emisarios de la ciudad de Valencia, los concellers de Barcelona, todos los que principalmente podían con su presencia humillar á su víctima. Presentóse confundido y avergonzado delante de aquella asamblea el de Mallorca, y el rey le miró atentamente con insultante altanería, gozándose en prolongar su martirio, y no le mandó que se sentara; de suerte que su feudatario estaba corrido y no osaba mirar á los que le miraban tan postrado y rendido ante su temerario señor.

Algunos de los señores de su Consejo se acercaron á D. Pedro á recordarle que mandara sentar á su cuñado, y entónces el rey de Aragon, que todo lo calculaba friamente, y que descendia en sus cálculos á las más pequeñas minuciosidades, instóle á que tomase asiento; pero presentándole un cugin tan pequeño y desnudo de adornos, que más parecia el sitio destinado á un reo de su justicia, que á un rey de su familia. Así es, que el de Mallorca prestó el homenaje, y se partió al momento, enojado con su hermano. D. Pedro IV habia conseguido su objeto.

Al poco tiempo tuvo precision de ir Pedro IV á Avignon á prestar homenaje al Papa, por Córcega y Cerdeña; y en este viaje debia pasar por tierras de D. Jaime de Mallorca. En efecto, ántes de llegar á Perpiñan, le salió á recibir D. Jaime, le alojó con todo cuidado, le festejó, y no perdonó medio de aplacar su encono y ganar su corazon. Mas era empresa difícil mover un corazon seco y petrificado por un solo pensamiento, la autoridad, por un solo deseo, el poder.

Encamináronse juntos á la córte del Pontifice

Benedicto XII, el cual los recibió con grandes muestras de amor, bien que fingidas por lo que tocaba á D. Pedro, no muy querido allí, á causa de su zelo por la autoridad monárquica, que le llevaba hasta agraviar la autoridad pontificia. Salieron á recibirle todos los cardenales del sacro colegio, fuera de Avignon, y los del regimiento de la ciudad llevaron pãlios para darle más honor, y á cada lado de los reyes se puso, para acompañarles y asistirles, un cardenal, y el Papa los aguardaba en su trono, revestido de pontifical; y así que Pedro le hizo acatamiento, el Papa le tendió los brazos y le besó en la boca. Al dia siguiente debia verificarse la ceremonia del homenaje. El rey y su cuñado desplegaron un gran lujo. Revestidos con esplendor, luciendo sus atributos de reyes, caballeros en briosos alazanes se dirigian desde el convento de San Agustin al palacio del Papa, cuando uno de los señores del séquito mallorquin, viendo que el caballo de D. Pedro IV se mostraba sobrado orgulloso como si conociera la primacia de su carga, y que parecia querer dejar atrás al caballo de D. Jaime, le descarga un fuerte palo, hi-

riendo tambien al caballero que lo guiaba. El rey herido en su dignidad, arrebatado, fuera de sí, montó en cólera, y mirando con mirar iracundo á su hermano, se dirigió amenazante contra él, forcejeando por sacar su espada, que hecha más para la ceremonia que para los combates, no obedió á su rábia. Moviése tumulto, llegóronse á él sobresaltados los ricos-hombres, pusieronse otros entre ambos reyes, y paró en paz aquel comienzo de discordia, porque el infante D. Pedro, tío del rey de Aragon, le aseguró que seria muy mal mirado cualquier agravio inferido á D. Jaime de Mallorca, porque gozaba de la amistad y del cariño del Pontífice. D. Pedro IV que habia llevado un pensamiento político á Avignon, se habló al oír esto, y prosiguió pacíficamente su camino hasta llegar á ofrecer y prestar el homenaje al Pontífice. Blando y amoroso en celebrar las ceremonias, fué duro y porfiado el Pontífice en acceder á las peticiones de D. Pedro. Este queria que allí mismo el Papa fuese cómplice de la idea que ocupaba su mente, y que le declarase soberano del reino de Mallorca para más agravar la posi-

cion de D. Jaime; y como el Papa se negase á su demanda, salióse desabrido, volvió á todo correr á sus tierras, jurando perder á D. Jaime, pues su tenacidad aragonesa cobraba fuerza y vigor á medida que veia oposicion y obstáculo, y su pensamiento se acrecentaba desmedidamente en la lucha.

En esto se presentó al rey aragonés ocasion de conseguir sus propósitos y desahogar sus iras. El rey de Francia requirió al de Mallorca á que le prestase homenaje por el señorío de Montpellier, y como se negase el de Mallorca fundándose en razones de derecho feudal, el rey de Francia, apelando á la razon de la fuerza, tan en uso entónces, echó mano primero del señorío de Montpellier, y despues se apoderó de él completamente. Esta ocasion tristísima, que debia mover al rey á prestar todo su auxilio al apurado D. Jaime, le movió á cumplir su deseo, á perderle para siempre.

El ánimo se indigna y subleva contra D. Pedro IV al ver el tejido de insidias, de engaños, de iniquidades, en que prendió á su infortunado ene-

migo. La razón y la justicia apartan con horror la vista de la conducta del rey, y la condenan á la reprobación de todos los siglos. No puede darse más perfidia en los cálculos, más argucia en las respuestas, más oscuridad en las consultas, más tenacidad en los malos propósitos, más insidia en los preparativos, ni más crueldad en el certero golpe, con que derribó á su desgraciado feudatario. Las causas más santas no justifican tales medios. Debe condenarse siempre el mal, bajo cualquier máscara que se presente, bajo cualquier enseña que se cobije. La causa del catolicismo no justifica las crueldades de algunos papas, como la causa de la libertad no justifica los crímenes de la revolución francesa. Condenemos á todos los hombres que aparecen manchados de crímenes, condenémoslos, sí, porque si no lo hacemos, dejará de ser la historia el eterno remordimiento de los malvados.

Así que el rey de Mallorca se vió apretado por las amenazas y las armas del rey de Francia, acudió en demanda de auxilio al aragonés; es decir, á un enemigo más solapado, astuto y temible que

el enemigo que se entraba ya á saco por sus tierras. Alegróse el de Aragón, y con la frialdad propia de su carácter comenzó á aguzar sus traidoras armas, para más acertar en el golpe. El de Francia le conjura también á que no preste auxilio á su cuñado, y Pedro IV le contesta con capciosas palabras, y con no bien definidas amenazas. El de Mallorca ya no se contenta con mandarle embajadores, desampara sus Estados de allende el Pirineo, y se dirige á la corte del rey de Aragón para ponerle de manifiesto la grandeza del peligro y la justicia de su causa. Lleva consigo á su mujer, muy amada hermana de Pedro, tal vez por ver si la voz de la naturaleza puede algo más en el rey que la voz de la razón. En San Celoni se vieron los reyes. El de Mallorca quiere guerra, y el rey le aconseja que se ande con tiento en provocarla, y tenga en cuenta el poderío de su enemigo. El de Mallorca le insta para que diga si en caso de guerra le há de prestar auxilio, y el rey le dice que materia de tanta monta debe ser tratada con espacio, y consultada con experimentados consejeros, y por más que los rue-

gos de su hermana trataron de persuadir su voluntad, y las razones de su cuñado de convencer su inteligencia, se encerró en absoluto silencio. Toda su política en este asunto consiste en mandar embajadas al rey de Francia, ora con amenazas, ora pidiéndole aclaraciones de dudas; en prestar atención á las quejas del de Mallorca, pero sin tratar nunca de medir su justicia; en impulsar y detener la guerra; en dar falsos consejos, y arrastrar más fácilmente al abismo al desdichado á quien desea perder; en buscar cuidadosamente largas á todos los asuntos, y treguas á todas las luchas, para que así el rayo de su venganza sea más mortal y más certero. Se repite aquí fielmente el antiguo apólogo del lobo y el cordero.

Ya entraban las tropas por sus tierras, cuando despues de muchas embajadas, el de Mallorca hizo ver al rey de Aragon que el enemigo tocaba ya con sus espadas los mismos feudos suyos, á ver si así se apercibia á la defensa. El rey le contesta que no le dejaría abandonado, pero le dice que no teniendo motivo el de Francia para la

guerra, no la llevará á cabo, y al mismo tiempo le aconseja que no se deje cegar por sus agravios ni por sus pasiones, ni se empeñe en la lucha, y que en cuanto al auxilio, ya ha convocado su Consejo; tardíos remedios, que solo son poderosos á más agravar la triste situacion de su víctima.

Ya no habia para el de Mallorca salida; el enemigo estaba á sus puertas; y se metió en la guerra, llamando como quien agoniza, en su auxilio á D. Pedro. Éste solo contesta con esperanzas al que necesitaba de un auxiliar valiente y pronto. El rey de Aragon en su historia, quiere dar algun viso de razon á su mal proceder, dice que siempre habia odiado al de Mallorca, porque veia en él tendencias á la rebeldía, inclinacion á confederarse con todos los enemigos de su pueblo. No, lo que habia en el ánimo del rey de Aragon era ódio á toda una clase, ódio á una institucion, y la primer víctima propiciatoria de su ódio fué la más señalada, y la más alta, un rey. Así comenzaba á deshacer el edificio por su cúspide.

Despues de haber mandado el de Mallorca muchos embajadores, ya por último requerimiento

envió á Ramon Roch, apretándole á que conjurase á su cuñado á dar decisiva respuesta. Detiene el rey al embajador con pretexto de que tenia concertado ir á caza, y por último, despues de muchos dias le despide dándole una larga carta en que declara que la guerra que pretende el de Mallorca, por lo de Montpeller, sustentar con el de Francia, es altamente injusta. ¡Horrible accion! En seguida se dá con su cuñado por ofendido y agraviado, diciendo que contra todo derecho y razon, habia batido moneda en Rosellon, y que así le emplazaba y requería, para que sin perder tiempo corriese á su presencia á darle la debida satisfaccion y reparo. Convoca Córtes en Barcelona, y requiere al de Mallorca á que se presente. Este no puede presentarse. Entonces lo declara contumaz y rebelde. No habia remedio; estaba decidida la perdicion del príncipe.

Al ver en tan amargo trance al de Mallorca, el Papa intercede por la paz y el rey de Francia sobresee en la guerra. El de Mallorca se dirige á las tierras de Aragon y lleva consigo á su esposa. Allí el rey D. Pedro inventó una nueva traza para

perder á su enemigo. Fingió que D. Jaime trataba de prenderle. Hé aquí cómo refiere D. Pedro esta industria, que tiene visos de fábula. Dice que armó una conspiracion. Alojado el de Mallorca en el convento de frailes Menores hizo una galería cubierta desde el puente al mar, por donde la reina podia ir á las galeras sin ser ofendida por el sol, ni vista por las gentes. El dia señalado, estando enferma la reina se tendria por cosa muy natural que el rey fuese á verla como á hermana suya que era, y so color de impedir conversaciones y ruidos le rogarian que entrara en el estrado solo, y una vez allí, lo amarrarian fuertemente llevándose por el pasadizo á las galeras, y en las galeras á Mallorca. Dice el rey de Aragon que pensó ir aquel mismo dia, pero que le retrajo de su propósito: primero, una inspiracion divina; despues, el aviso de un fraile, cuyo nombre calla. Entonces mandó á su hermano el infante don Jaime á que fuera bien armado y provisto de gentes, al sagrado alojamiento del rey de Mallorca, y sacase de grado ó por fuerza á la reina y la llevara á su alcázar. D. Jaime cumplió la órden.

Entró en la habitacion donde estaban los reyes de Mallorca, tomó de la mano á la reina y la dijo que le siguiese de órden del rey, á lo que accedió sin reparo. El de Mallorca, que vió cómo le arrebatában á su mujer, se levantó airado y quiso oponerse, pero no pudo impedirlo, y entonces con sobrada impremeditacion, la abandonó en manos de sus enemigos y partióse en son de guerra á sus Estados, propia ligereza de su aturdido é imprudente carácter. El rey de Aragon decia que la reina le habia revelado la conjuracion de su propio esposo. Esto es horrible, y el carácter de D. Pedro dá sobrados motivos para no creerlo.

Poco, en verdad, hubiera adelantado Pedro IV en Mallorca si no hubiera tenido en su pró el desamor que los mallorquines tenian á su rey. Concertóse con ellos de antemano, les concedió grandes franquicias, comprendiendo cómo la libertad enardece las almas, y aparejó una armada para despojar de su reino al de Mallorca y cumplir así el deseo más vehemente de su alma.

Desembarca el rey en Santa Ponza, huyen los

mallorquines, y despues de muchos tratos y de graves capitulaciones, se apodera de la Isla, gozoso como el buitre cuando ha cogido su presa. En vano los legados del Papa intercedieron por don Jaime; en vano trataron de que D. Pedro dejara á su hermana unirse con su esposo; nada pudieron conseguir. La reina de Mallorca le pedia tambien llorosa la gracia de apurar con su compañero el infortunio; el rey desoyó sus lamentos y despreció sus súplicas. Su alma era tan árida que no producía ni una ilusion, ni un sentimiento, ni la compasion siquiera; todo su ser estaba absorbido en su idea.

Despues de haber tomado á Mallorca, se dirigió Pedro IV contra los otros Estados que el rey D. Jaime tenia contiguos á Cataluña. Hallábase éste tan pobre, tan miserable, que más parecia mendigo que rey. Errante, sin esperanza, porque el pecho de bronce de su enemigo era inquebrantable, se veia asediado en su cuerpo de infinitos dolores, y en su alma de amarguísimas penas. El rey D. Pedro, á su vez, sufría en su interior esa voz del remordimiento que no se apa-

ga, consecuencia forzosa, indeclinable del crimen. Siempre le parecía que D. Jaime le estaba mirando, que le perseguía, que ora disfrazado de fraile, ora de peregrino, hundía un puñal en su corazón. ¡Ah! Pero estos remordimientos, más ó ménos tenaces, no eran parte á distraerle de su idea, y por fin declaró unida á la corona de Aragon la isla de Mallorca.

Al ver tan su desgracia, por consejos de don Pedro de Jérica decidió D. Jaime avistarse con el rey de Aragon en Elisan. Recibióle éste como siempre, y se presentó D. Jaime como nunca, pues dobló las rodillas y le dijo palabras extremadamente humildes, pidiéndole perdon, y entregándose á su misericordia. El rey le contestó con severidad. Y el de Mallorca salió de la entrevista, ¡qué loca es la esperanza humana! con el presentimiento de que hablandado D. Pedro, le volvería su corona. El rey, por toda compensacion, le señaló 10,000 libras de renta, le dejó algunos honores, pero prohibiéndole que volviese á tomar ni usar el título de rey. Un rayo no hubiera desconcertado más al de Mallorca que esta

noticia. Húyese á las tierras de la Cerdaña, donde habia concertado con las gentes del pueblo apoderarse de Puigcerdá. Y en efecto, las puertas de la ciudad se le abrieron y entró el fugitivo, en son de rebelde, dispuesto á defender su corona hasta la muerte en aquella última fortaleza de su derruido poder. Mas á los pocos dias tuvo precision de dirigirse hácia Villafranca, á donde se partió con ánimo de volver pronto á Puigcerdá. Los principales de esta ciudad, que siempre miraron de mal ojo á D. Jaime, hicieron ver á la gente popular los males que podria traerles el desavenirse con el poder del rey de Aragon y provocar su venganza. La gente popular de suyo tornadiza é impresionable, cualidades que son las fuentes de las grandes injusticias que suelen cometer los pueblos, cerraron las puertas de la ciudad al que antes habian recibido en triunfo. El rey de Mallorca se encontró solo, sin parciales, sin asilo, sin esperanza, sin fuerza, sin más porvenir cierto que la muerte. Decidióse á ganar la Francia y se internó en las montañas. El tiempo estaba frio; el cielo inclemente, llovía nieve

sobre las espaldas del rey; el camino era incierto, la noche lóbrega, el ahullido de las fieras alimañas le atemorizaba; mil abismos se habrían á sus plantas; el hambre retorcia sus entrañas, el insomnio secaba sus ojos, sus pies desnudos dejaban un rastro de sangre, y al través de sus rasgadas vestiduras mostraba sus azotadas carnes, y en sus amargas quejas la desesperacion que atenaceaba su alma. El rey, rodeado antes de mil vasallos que le acataban, se veía acompañado solo de algunos fieles amigos, cuyos infortunios amargaban su infortunio. Y en aquellos instantes pensó en suicidarse: se golpeó fuertemente con las armas, que la debilidad le obligaba á dejar en el camino, y se hubiera dado muerte si no lo estorbaran sus compañeros: ¡que tanto amargan los primeros frutos de los grandes infortunios! De esta suerte logró Pedro IV aumentar su poder. ¿Cómo aumentó su autoridad? Ya lo veremos en la lucha con la Union; materia de nuestro próximo artículo.

## DON PEDRO IV Y LA UNION ARAGONESA.

### ARTÍCULO TERCERO.

#### I.

El derecho civil y el canónico iban de consuno forjando en la Edad media la autoridad absoluta del rey.

El derecho civil, inspirándose en las tradiciones romanas que se levantaban del polvo de los siglos, ofrecía el ideal de un imperio fuerte, absoluto y grandioso; el derecho canónico exaltando la autoridad de los Papas, presentaba á los ojos de los reyes la idea madre, el principio fundamental de su poder. Las Partidas nos ofrecen un ejemplo fiel de esta verdad. El sacerdocio y el